

ODIO TAIWAN

Odio Taiwan. Y bien, ¿no vas a preguntar por qué? No te preocupes, que yo mismo te lo cuento. Supongo que también te preguntarás qué puede contarte este viejo andrajoso que te habla, pero has de saber que yo antes no era así.

Hace muchos años, era uno de los más importantes empresarios circenses de este país y, junto con mi hermano Juan, dirigía el circo de los hermanos Benítez, famoso por sus entretenidos y sorprendentes números con animales. No éramos los más grandes ni los más espectaculares, pero teníamos nuestro público fiel. Hasta el día en el que todo se fue al garete. En realidad, todo empezó un par de meses antes, por lo que comenzaré desde el principio.

Era un día como tantos. La temporada de verano había terminado un mes antes y yo estaba de viaje buscando sitios donde actuar desde la primavera siguiente. La campaña veraniega no había sido especialmente benévola, por lo que iba en tren para ahorrar algo de dinero. Aquel día, durante mi enésimo viaje, vi que se acercaba hacia mí uno de esos gitanos que pueden intentar venderte desde un paquete de pañuelos de papel hasta el último número de Playboy. Mi intención inicial era ignorarle, pero hizo algo que provocó que cambiara de opinión de forma radical: se paró ante mí y, sin darme tiempo a decir que no quería nada, dijo que veía en mis ojos que trabajaba en un circo, y que tenía algo nunca visto que podría interesarme.

La sorpresa me dejó mudo y no pude más que observar con rostro anonadado mientras el gitano colocaba junto a mí una vieja caja de puros. Sacó de ella una diminuta pizarra, y tras ella salió lo que parecía ser uno de esos hámsters que pasan la vida dando vueltas como tontos dentro de una rueda, y que tanto gustan a los niños. Sin que el gitano dijera nada, el hámster se irguió sobre sus

patas traseras y pude ver que sujetaba una diminuta tiza con las delanteras. El animal se acercó a la pizarra y empezó a escribir "Con cien cañones por banda, viento en popa a toda vela", momento en el cual dije sin pensar que lo quería. Esto supuso una ardua negociación, pero al final conseguí llegar a un precio que consideraba justo y me quedé con tan sorprendente animal.

El hámster fue la mejor tarjeta de visita que tuve durante todo el invierno, y conseguí más contratos que nunca, algunos incluso en lugares que hasta entonces habían sido feudo exclusivo de circos más grandes. La fama de mi nueva adquisición corrió rápidamente como un reguero de pólvora, tanto que incluso firmé un contrato con la televisión para que emitiesen en directo nuestra primera actuación de la temporada. Iba a ser nuestro gran salto a la fama nacional y la oportunidad para hacer más grande nuestro humilde circo.

Y llegó el gran día. Todo estaba yendo como la seda e incluso parecía como si los animales se encontrasen más receptivos que nunca. Y por fin, el número final, el ratón que escribía en una pizarra.

Yo mismo saqué al hámster al escenario en la misma caja en que lo había adquirido y, tras abrirla, coloqué la pizarra. Me alejé y el hámster comenzó el ritual de costumbre, que ya habíamos ensayado otras veces. Tras levantarse sobre las patas traseras, se acercó a la pizarra sosteniendo la tiza. Pero justo cuando parecía que iba a empezar a escribir, se paró sin más y cayó redondo al suelo, sin soltar la tiza. Me acerqué al escenario a toda prisa al tiempo que una cámara de televisión corría a mi lado. Y en mala hora había aceptado la presencia de cámaras. Aquel hombre no pudo más que grabar mi cara de sorpresa y perplejidad, después de descubrir conmigo y con toda España que en la tripa de mi preciado animal se podía leer "Made in Taiwan".

Mi mundo y mi negocio se me vinieron encima y, tras pagar todas mis deudas, acabé como ahora me ves. Ahora ya sabes por qué Odio Taiwan.

Y el jodido animal comía y cenaba como si nada.

FIN